



LA POSIBILIDAD DEMOCRÁTICA EN AMÉRICA LATINA

Henry PEASE GARCIA

Como bien afirma Francisco Delich, las aperturas democráticas no son unilaterales (1) y habría que agregar que la pluralidad de América Latina nos obliga a ubicar, en el análisis de cada apertura, rasgos propios que corresponden no sólo a tiempos distintos sino a sociedades nacionales con grado diverso de heterogeneidad y de modernización. No podemos dejar de recordar que en la región está presente la realidad centroamericana, atravesada por la lógica de la guerra de «baja intensidad» que se impone desde el Imperio. Tampoco podemos descartar la hipótesis de que esta lógica termine por imponerse en sociedades que aparecen con signos más profundos de descomposición, donde por momentos puede uno preguntarse si la ciudadanía política y social llegó tarde y si la violencia hoy en desarrollo no logrará ganar la partida. Ciertamente, me refiero a Perú y a la guerrilla terrorista, pero no descarto su importancia en otros países andinos ni la presencia ya significativa de los ojos imperiales para introducir sus propias variables en este juego.

Quizá por esta perspectiva prefiero sostener la posibilidad democrática como acto de afirmación, como impulso de voluntad que afirma valores y rutas, escogiendo unas en vez de otras, acto volitivo que obviamente interesa analizar cuando proviene de uno

o varios sujetos colectivos, cuando la afirmación es significativa en función de la capacidad social y el poder de sus portadores. La afirmación inicial del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) (2) sobre el resurgimiento de valores y prácticas democráticas en la región, hace referencia a un hecho real que proviene en unos casos de quienes experimentaron la dictadura en sus variantes más netas y a partir de tal experiencia retomaron y/o asumieron con fuerza la iniciativa democrática. Viene también de quienes alcanzaron en tiempo más reciente la condición de ciudadanía y aprendieron, desde sus organizaciones en la sociedad civil, que la apertura democrática les permitía algo mucho más cercano al orden de los fines que al de los meros instrumentos (3). Con una y otra perspectiva, con las muchas particularidades de cada experiencia social y con la ventaja inspiradora de una creciente comunicación intelectual e informativa entre gentes de distintas experiencias y países, la posibilidad democrática se afirma en la región y el debate, por su sentido y formas de afirmación, adquiere más importancia cuanto mayores son las dificultades por enfrentar.

CLACSO se pregunta por el valor que puede tener la recuperación del debate sobre Modernidad y Posmodernidad, debate que proviene del primer mundo pero que, por su fluidez de ideas y productos intelectuales, está presente en el nuestro como debieran estar presentes en tal debate las particularidades de las sociedades latinoamericanas. Las notas que escribimos constituyen una respuesta afirmativa a la vez que un intento de levantar lo propio y lo particular desde la experiencia peruana.

Sobre la realización de la modernidad en las actuales aperturas democráticas de la región

Ciertamente la tarea de construir órdenes políticos democráticos estables y progresivos es una realización de la Modernidad, bien definida en el documento de CLACSO como «la construcción de regímenes democráticos autofundamentados y de alcance cada vez más universal, prolongando la ciudadanía política en la ciudadanía social».

Pero aquí tendríamos que distinguir entre las diversas aperturas y remitirnos a los rasgos de las dictaduras precedentes. Argentina o Chile habían conquistado condiciones de ciudadanía bastante antes de que las dictaduras de los 70 (4). Si por ciudadanía social entendemos el peso de sujetos colectivos con capacidad de negociar y lograr conquistas dentro de la institucionalidad política, como lo señala N. Bobbio para Italia (5), es un hecho que estos países ya lo habían logrado en la década de los 60. Las dictaduras de los 70 significan un corte abrupto de derechos alcanzados en teoría y prácti-

ca aún cuando en la fundamentación del orden autoritario no se cuestionen estos elementos de la ideología democrática.

Para reflexionar sobre estas aperturas habría que hacernos algunas preguntas sobre las dictaduras precedentes, al menos para ubicarlas en el horizonte Modernidad-Posmodernidad, ¿no se trataba de dictaduras posmodernas? Esta pregunta es válida recordando las preocupaciones de Gino Germani sobre la democracia ante el avance de la modernidad (6), pero también lo es si recordamos el fuerte componente neoliberal que tuvieron en la economía y la demolidora crítica al Estado, ubicada dentro del horizonte neoconservador. ¿Cuánto de ese neoliberalismo está presente en el debate sobre la posmodernidad? ¿No corresponde acaso con la afirmación de los particularismos y la renuncia a apostar por cualquier totalidad en nombre de lo antitotalitario? El recuerdo que nos hace Bobbio de los engaños de esta crítica neoliberal al Estado de bienestar —realizador de la democracia y la modernidad en el primer mundo— conforma la experiencia local que muestra este liberalismo radical como incompatible con la democracia (7). Las dictaduras del Cono Sur tendieron a fragmentar el tejido social siguiendo el patrón económico neoliberal y fundando un orden autoritario a partir de la modernidad antes lograda y, en varios aspectos, por ellos cuestionada. Su estudio debería hacernos retornar sobre los límites del curso modernizador en cuanto a democracia se refiere.

En contraste con el Cono Sur, la apertura democrática en el Perú de los 80, y probablemente en Ecuador, corresponde más bien a una reciente realización de la modernidad. Aquí no podemos afirmar que antes de los 12 años de dictadura militar pudiéramos hablar de condiciones de ciudadanía política de forma generalizada. Más aún, siete de esos doce años pueden identificarse con un proceso de cambio social y democratización en la sociedad que creó las condiciones necesarias para afirmar la ciudadanía social y política en este país.

El hecho es que la apertura democrática está marcada en este caso por un proceso previo de democratización que afianzó la experiencia del movimiento popular, su capacidad de organización desde abajo y también su iniciativa para ocupar, luego en parte, los espacios abiertos con la apertura democrática. Si en el Cono Sur pesa más, incluso a nivel popular, la experiencia de dictadura —y su ferocidad, ciertamente mayor—, en nuestro caso pesa más la experiencia democratizante de un proceso que incluyó desde una reforma agraria que efectivamente eliminó al terrateniente y mucho de las relaciones semiserviles hasta la imposición del emigrante sobre la ciudad capital de rasgos aristocratizantes (8), el reconocimiento de la participación del analfabeto y del peruano de lengua autóctona o la organización obrera que alcanza en ese período conducción centralizada y nacional. Fue una dictadura militar

que impulsó y promovió solidaridades elementales, en vez de fragmentar más nuestro tejido social, que abrió espacios en los cuales se desarrolló el movimiento popular autonomizándose del Estado incluso en los casos en que éste lo había promovido. El derrotero de la crisis económica tiene también importantes diferencias.

Como parte de esta apertura no sólo ha desaparecido la exclusión política dentro del régimen democrático sino que desde el movimiento popular y la izquierda se han alcanzado significativos lugares en el Parlamento y los Municipios. A la inversa del Cono Sur la dictaduras no implicaron la derrota militar de los sectores progresistas e izquierdistas que, por otra parte, no se habían embarcado en una guerrilla urbana o rural. Esta, que aparece y crece desde el momento en que concluyó la dictadura militar, adquiere rasgos muy particulares, enmarcada en la tradición milenarista andina y sus formas de violencia junto con vertientes modernas, desarrollando el terror como línea central. En ese movimiento se agregan los varios sectores que no aceptan esta democracia y la combaten enfrentando a izquierdas y derechas.

¿Podemos hablar de realización de la Modernidad en el Perú? Ciertamente que sí, en un tiempo político distinto al Cono Sur, sin la experiencia de las precedentes dictaduras neoliberales. Si en lo político la realización de la Modernidad está marcada por la construcción de regímenes democráticos autofundamentados, prolongando la ciudadanía política en ciudadanía social, tendremos que afirmar que aquí, en el marco de una dictadura militar, se abrió un proceso que democratizó y modernizó. Pero, ¿hasta dónde es ésta la Modernidad de los europeos y norteamericanos? ¿Se basa acaso en el desarrollo del individualismo liberal frente al orden tradicional? ¿Ha incluido acaso el desarrollo capitalista previo al Estado de bienestar europeo o las formas utilizadas por esa clase obrera en su lucha frente al liberalismo? No parece que al hablar de modernidad nos referimos a proceso y resultantes similares. Vale, con todo, la comparación y el debate.

¿No hay, acaso, una cierta realización truncada de la Modernidad que estamos analizando en su dimensión cultural y política sin olvidar la superposición de retrasos históricos y fracasos sucesivos en la economía peruana? Si en general puede hablarse en el Cono Sur de heterogeneidad frente al primer mundo, la región andina ofrece una realidad mucho más heterogénea en la economía y mucho más diversa y compleja en la cultura. La experiencia reciente afirma sujetos colectivos heterogéneos —movimiento popular y no sólo clase obrera— en la sociedad y en la política (9), pero va mostrando que la profundidad de la crisis económica excluye aún ahora a significativos sectores ciudadanos cuya salida está encaminándose, sin alternativa real, en contra de la democracia.

¿Hasta dónde es posible afirmar la democracia en un cuadro que deteriora persistentemente toda nuestra realidad material? Este no es un fenómeno interno ni sólo de «mala administración» en un país que ve deteriorarse todo lo que produce para el exterior hasta constatar la inviabilidad del actual patrón de desarrollo; no sólo es la estructura de poder y las relaciones sociales básicas lo que ahora se cuestiona (10). La heterogeneidad del Perú ha invitado a muchos a renunciar a afirmar la posibilidad democrática o a quedarse en la forma y apostar en esencia al caudillismo cuya persistencia se explica en nuestra cultura política. Incluso en esfuerzos innovadores como el del gobierno actual, el peso populista se orienta a articular férreamente una relación con las organizaciones populares, pero desde arriba, desde el Estado y buscando no grandes interlocutores con los cuales concertar sino una sumatoria de grupos pequeños y aislados, para manejarlos mejor con dirección vertical. Y, sin embargo, se deshace con facilidad todo proyecto autoritario de centralización como ocurrió en el gobierno militar. También pueden hacerse preguntas políticas sobre lo que significa esta modernidad con democratización relativa, en particular preguntas hacia una institucionalidad democrática occidental que todavía es muy ajena al mundo andino y se superpone a sus instituciones.

Y aunque no creemos en determinismos tenemos que preguntarnos si no nos encaminamos a una dictadura brutal, liberal y posmoderna en economía, que pretenda restablecer el orden para, en todo caso, hablarnos de una «democracia autoritaria». Las preguntas hay que hacerlas no sólo a un caso particular sino a los países que ya vivieron las dictaduras posmodernas para encontrar la lógica que empuja a ellas.

La posmodernidad y la crisis de los paradigmas

«Estos últimos años se han caracterizado por un milenarismo invertido en el que, en vez de hacer premoniciones catastróficas o redentoras sobre el futuro, se emiten juicios sobre el fin de una u otra cosa; el fin de la ideología, del arte o de las ciencias sociales; la crisis del leninismo, de la socialdemocracia o del Estado del bienestar, etc. Todo esto, junto, podría constituir lo que se denomina, cada vez más, posmodernismo» (F. Jamenson) (11).

La aceptación de la crisis como fenómeno permanente y no como accidente momentáneo parece estar presente en el posmodernismo que para Jameson proviene del capitalismo tardío y sólo así podemos entenderlo. Esa crisis está también en el nivel de los paradigmas y anuncia rupturas que son un reto a la creación histórica y teórica porque, entre otras cosas, se ha aprendido que la crisis no prefigura un tránsito al lugar deseado, a la manera determinis-

ta, sino muchas veces todo lo contrario y algunas veces estancándose en un largo y complejo proceso.

Quizá desde el primer mundo el debate sobre el posmodernismo nos traiga incertidumbres de otra dimensión y problemas que aún aquí no se viven masivamente. Nos puede, sin embargo, hacer pensar más globalmente nuestra propia crisis en varias dimensiones. Para la región, preguntarse por la ingobernabilidad económica es volver la cara a la escena internacional y ver el manejo de nuestra deuda en el marco de las situaciones de dependencia, por ejemplo, para al fin entender que poco o nada influimos desde aquí en los grandes cambios que tendrían que haber para que países realmente muy desiguales puedan negociar en la misma mesa. Ver los procesos de concentración y centralización del poder económico no resulta muy diferente ni pueden examinarse sólo a nivel nacional. Más aún, el impulso ideológico y mucho de las iniciativas políticas de cada país las estamos viviendo en su momento de mayor transnacionalización y en el marco de una ofensiva neoconservadora de muy amplio alcance. ¿Cómo pensar nacionalmente, incluso nuestras pequeñas crisis, cuando sólo ayer el presidente Reagan, citando a un neoliberal peruano muy conocido, se refiere a nuestro lío local de la estatización de la Banca en un discurso en la ONU mostrando cómo para este pequeño y pobre país la campaña de estos días conlleva una verdadera articulación ideológica neoliberal a escala internacional?

En un mundo así de integrado y así de complejo la inseguridad que apreciamos en este debate —por pérdida de las diversas totalidades— contrasta con la firmeza de aquella corriente que corresponde al poder monopólico internacional, a ese neoliberalismo neoconservador que en América Latina empujó las peores dictaduras y donde se han dado los dogmatismos más firmes en política económica. No insinuamos ningún mecanismo sino la simple correspondencia entre poder material y expansión del pensamiento que le es funcional. Parte de la debilidad de las nuevas propuestas democráticas puede estar en que no afirman una totalidad y por lo mismo no responden a la necesidad de certidumbre que Lechner (12), en un brillante artículo, muestra como objetiva demanda hacia la democracia, «haciéndose cargo de los miedos a la incertidumbre». La pregunta que queda abierta es cómo y sobre qué elementos se constituye la certidumbre.

Aceptando que la democracia tiene que suponer un nivel de desencanto y el desmontaje de lo que Lechner llama «planificaciones globales» —que prescriptivamente se convertían en modelo a imponer, con mucho de dogma— es importante situar el debate en la capacidad de proponer un orden no sólo a partir de lo de siempre, es decir, instituciones y reglas de procedimiento, sino haciendo parte esencial de la propuesta de orden democrático un conjun-

to de seguridades elementales de inclusión material en la sociedad (servicios básicos, empleo,...), condiciones de inclusión jurídicas y políticas que no exceptúen a nadie, cualquiera que sea su posición sustantiva, obviamente si acepta las reglas del juego y un horizonte de autogobierno, condición de la igualdad. El debate sobre la democracia no puede pues limitarse a las instituciones clásicas, y a su vez tiene que plantearse de modo tal que queden incluidos los defensores de posiciones contrapuestas, antagónicas incluso, pero que se enfrentan dentro de esa propuesta de orden.

Comparto con Lechner la idea de que no se puede radicalizar el desencanto de modo tal que toda la atención se ponga en los procedimientos, sin resolver los problemas de fondo, y se derive a la dictadura para que ésta resuelva la demanda de certidumbre. Más aún, recordando la demanda de Mariátegui en torno al mito en su visión del Marxismo y recordando, al menos para el área andina, que la modernidad es reciente y en mucho truncada, que siendo cierto que hoy se ve más hacia el futuro que hacia el pasado y que —otro rasgo moderno— se ha asumido el cambio social como algo propio y natural más que como algo temido, ¿cómo pretender que sin una religión laica que ofrezca la totalidad de la que hablamos y la identifique con la democracia, ésta ofrezca las condiciones de certidumbre necesarias para afirmarse?

El modelo holista característico de Iberoamérica, donde el todo prima sobre las partes, a diferencia del modelo individualista, contractualista (13), tiene particular importancia en el área andina. Esta anterioridad de la comunidad está presente en los niveles de organización popular logrados en la reciente apertura democrática, en lo que es ya parte de la tradición del movimiento popular peruano. En la cultura y en la política, así como en ejemplos de la economía, como en el terreno informal urbano —que, por ejemplo, el neoliberalismo de De Soto (14) sólo ve fruto del individualismo, desconociendo el decidido soporte colectivo— el elemento comunitario y el valor de la organización popular son base definitoria del sujeto. *¿Cómo no hacer de la organización y la práctica popular componente fundamental de la propuesta de orden democrático?* El autogobierno en la perspectiva de la organización popular, constituyéndose en eje de la propuesta de orden, es el puente con la construcción propia del socialismo dentro de una propuesta democrática.

Esta perspectiva sirve también para replantear el debate sobre el Estado, el estatismo cuestionado y la falacia neoliberal de contraponer como esquema igualitario el mercado que dominan los monopolios. Porque desde la organización popular y el autogobierno no sólo se demandan niveles sustantivos de democracia local, sino la descentralización del Estado toma la forma de un efectivo ejercicio de participación que prefigura la limitación de las burocracias centrales y sus correlatos empresariales no autogestionados.

Retomando la pregunta final de CLACSO, el poder político no se basará simplemente en la racionalidad del cálculo, que termina siempre en tecnocráticas formas, sino en la participación de sujetos colectivos (fuente de poder) constituidos por individuos (fuente de derechos) que a partir de reglas democráticas pueden levantar un proyecto emancipatorio.

En la afirmación de la posibilidad democrática

La apuesta podría afirmarse así: politizar lo social y socializar lo político, pero desde abajo, no desde el Estado ni en la tentación populista. Las experiencias en nuestros países han sido amplias durante las dictaduras y claves en el tiempo de apertura. Pero ahora nos preocupa la continuidad.

Uno

La continuidad en el movimiento popular supone varias adaptaciones. Obviamente tras la instalación del régimen constitucional hay un cambio que hace que se readequen las entidades de la sociedad civil que antes vieron ampliado su papel. En dictadura los gremios, por ejemplo, ocupan parte del espacio partidario. Si no se enteran de que el contexto cambió aprenderán a golpes, como ocurrió con varios paros nacionales convocados en el Perú por rutina y fuera de tiempo y condiciones, ya en la apertura al comenzar el 80.

La preocupación por la continuidad va más en la dirección de una propuesta global que democratiza ampliando espacios y articulándolos a la escena propiamente política. Sin duda, uno de los mejores ejemplos se da en los niveles de democracia local en la medida que puedan ser penetrados desde la multiplicidad de organizaciones populares urbanas, abriéndose espacios de efectiva participación. Esto ha tenido un desarrollo importante en el Perú en un proceso que fue haciendo alcaldes y regidores a muchos dirigentes populares de base durante los momentos de apertura. Pero la continuidad supone desarrollo de instituciones propias en esos niveles y eso no sólo en esta parte local del Estado sino también en la organización popular que tiene que desarrollarse y reproducirse.

Dos

La tentación burocrática y populista coinciden en nuestra experiencia en potenciar una relación desde arriba con la organización popular, que privilegia la imagen y la articulación en la base y no la concertación con grandes organizaciones. Reunir a los presi-

dentes de Comunidades Campesinas con el Presidente de la República para recibir una serie de demandas resulta más cómodo a la alta burocracia que concertar con las Centrales Campesinas reunidas. Pero es desde este último nivel —y sus equivalentes en la Región o en la provincia— que la concertación puede ser más igualitaria y que la relación puede evolucionar de la lucha sindicalista tradicional a la dirección concertada.

Tres

La amplia gama de la sociedad civil puede desarrollar su institucionalidad en múltiples direcciones. Sus componentes nos parecen básicos en el proceso de democratización. El primero, recordado por Bobbio, para el primer mundo, es el ejercicio democrático en todas sus instituciones y no requiere fundamentación mayor porque es obvio su impacto en la cultura y las relaciones sociales. El segundo es lo que provisoriamente llamo politización y que es una dinámica de participación democrática, desde la sociedad civil y desde el ángulo que se representa, ejerciendo activamente influencia e iniciativa en la democratización del Estado y en la ampliación de la política desde las cúpulas hacia la sociedad.

Es cierto que esto se ve de manera distinta en el mundo popular, urbano o rural, que en las clases medias o acomodadas más enmarcadas en el individualismo de la modernidad clásica. Los distritos de Lima, por ejemplo, se dividen «clasistamente» en forma neta. Difícil es en los distritos populares gobernar para una suma de individuos ajenos al movimiento real de su municipio; una múltiple gama de organizaciones populares, que se cruzan, fuerza a una lógica de concertación y conflicto que en un distrito residencial apenas operaría y ello con gran esfuerzo. El autogobierno supone desarrollar instituciones de la sociedad civil e instancias de participación viva en la vida estatal capaces de dinamizar la democracia.

Cuatro

La pregunta sobre cuáles son las prácticas e instituciones democráticas que mejor se adaptan a un impulso democratizador —que supone un esfuerzo de desarrollo institucional— se abre así desde este escenario del campo popular, rico en experiencias puntuales, diverso y que muchas veces se ve encerrado en sí mismo, en la crítica que se hizo al «basismo», por no dar el salto desde allí a la política global. Siguen siendo lejanas instituciones como el Parlamento, además de ser difíciles de adaptar al ritmo de los tiempos actuales. En nuestro caso ni siquiera se ha incorporado bien en la legislación la tradicional Comunidad andina, con sus propias reglas que pesan ciertamente para sus miembros más que la Ley y

tienen importante tradición participativa. Sin otra pretensión que plantear temas y notas para el debate, dejamos en este caso planteada la pregunta más con intuiciones que con respuestas.

Cinco

La posibilidad democrática, vista como apuesta, conlleva siempre la pregunta sobre su perspectiva y lo que la amenaza. Afirmarla como apuesta nos releva de fundamentar si en estas condiciones resulta posible o constituye una utopía. Cuando, como en nuestro caso, la profundidad de la miseria va en aumento conforme pasa el tiempo, quedando ya descolocados respecto a otros países; cuando la violencia terrorista repite de forma creciente en la legión de excluidos, sin salida, que comienzan por ser los jóvenes entre 16 y 23 años; cuando las propuestas globales que se reclaman alternativa, desde el poder, apenas constituyen un esfuerzo más de expoliación que termina drenando recursos al exterior sin reinversión local, como acaba de demostrarse dramáticamente en el debate sobre la Banca; y cuando se examina lo que producimos y exportamos y cómo eso no tendrá salida, cuando estas líneas son apenas un pálido reflejo del drama que vive cualquier familia andina, hay razones para dudar de la posibilidad democrática. Y dudará más al escuchar a algunos conversadores clamar por el derecho a la insurgencia frente a la estatización de la Banca mientras los militares presionan para que no se sancione a los responsables del genocidio de los penales y no se dé amnistía a presos que no son terroristas, mientras que políticos del propio partido gobernante balbucean en vez de defender a su gobierno porque obviamente el Presidente se les disparó otra vez.

Y, sin embargo, miraremos más al fondo y una comunidad popular, como Villa El Salvador, gana el premio Príncipe de Asturias por su esfuerzo autogestionario y convierte el honor en poder al lograr que el gobierno le traspase el Parque Industrial, abocándose en el arenal a proyectos de desarrollo en serio, mientras otra comunidad en el este de Lima se prepara para imitarla y es invadida por el amenazante Sendero Luminoso que, a pesar de las armas, no logra convencer a los pobladores del Congreso de Huaycán para que abandonen tal empresa. Antes, un paro nacional había expresado la protesta popular porque el costo de vida sube, y fue contundente, y luego desde diversas organizaciones campesinas surgen propuestas que se oponen a aspectos importantes de la política del sector y buscan un espacio para negociar. Sus dirigentes, como tantos otros, serán amenazados pero optan por luchar en democracia, pero no sólo por sus reglas o por elecciones periódicas, sino por un proyecto de orden que, como lo aquí dicho, reclama más.

Hay evidentemente factores de equilibrio. Los conservadores que más gritan hoy contra el gobierno *aprista* por estatizar los ban-

cos de los monopolios tiene que optar por residir en Perú o seguir siendo aves de paso. Hace mucho tiempo que este país no les gusta para sus hijos y los tienen fuera; hace tiempo también que —al igual que su novelista de moda— viven más meses del año fuera de Perú. La bolsa, sin embargo, ha sido grande, entre 700.000 y 1.000.000 de dólares. En mes y medio se gastó en publicidad por lo menos lo que se invierte en una campaña presidencial, pero de todos los candidatos juntos.

Los militares saben que será difícil enfrentar al terrorismo siendo gobierno, y ellos al igual que otros propulsores de aventuras saben que es muy mala la situación económica y que eso, en cualquier experiencia autoritaria, es peor. ¿Son éstos los contrapesos que impiden un golpe? Sí, al igual que aspectos menos coyunturales como la voluntad expresa y aprendida por muchos. La clave está en imaginar cómo en este proceso pueden perderse las condiciones de gobernabilidad, cómo en un momento pueden impulsarse éstas desde fuera y cómo se afirma la posibilidad democrática sobre bases más sólidas.

Przeworski piensa en la lógica de las aperturas como negociación y propone que las instituciones tienen que garantizar que los intereses de todas las partes (¿también las de abajo?) no sean seriamente afectados. Retomando a Marx afirma que la democracia sigue siendo rara —porque requiere un compromiso de clase— e inestable, justamente porque se basa en tal compromiso (15). Si bien el momento de apertura ha pasado la cuestión vale y lleva a la pregunta simple y abierta: ¿es entonces imposible el cambio social en democracia?, porque ciertamente no es posible hacer tortillas sin romper huevos.

Y en este caso no hay respuestas hechas, hay más apuestas que respuestas, todo cambio sustantivo supone un nivel de exclusión aunque sólo en apariencia afecta a un sector grande de la población. Pero el peso de los poderes reales está fuera y dentro: ¿qué coloca si no, en un mismo saco y en público, a Vargas Llosa, De Soto, los banqueros expropiados y Reagan? Si la apertura no es unilateral tampoco lo será la dictadura; como otras veces, no podrá. Y hay que rescatar entonces la duración de la apuesta, porque si no parte de convicciones que se apoyan en la realidad, se regresará a ella hasta hacer de la duración continuidad y de la posibilidad una herencia que, enraizada en la cultura política, haga firme con los ciudadanos del futuro la apuesta tambaleante que hoy reiteramos.

(1) Delich, Francisco: «La Construcción Social de Legitimidad Política en procesos de transición a la Democracia», *Crítica y Utopía*, 32.

(2) He procurado hacerme directamente algunas de las preguntas que plantea el documento preliminar para la Conferencia Internacional sobre «Identidad Latinoamericana, Modernidad y Posmodernidad». En adelante citaré sólo como CLACSO.

(3) Me refiero a la clásica manera de ver la democracia sólo como instrumento, en el nivel táctico, mientras que acumula fuerzas para «hacer la revolución», o también a quienes la usan porque piensan que les permitirá conservar o afianzar mejor su cuota de poder material en la sociedad. Desde la práctica de la organización popular la democracia adquiere una valoración más sustantiva cuando se convierte en propuesta participatoria porque por medio de la participación democrática como el ejercicio de la ciudadanía adquiere capacidad de constituir parte de la personalidad y la realización de cada uno, concreción de las libertades, encarnando la forma jurídica en institucionalidad real. Se aprende en esa práctica, que es personal en tanto que es colectiva, que la utopía liberadora es economía y es política, es cambio material y orden social que se expresa democráticamente en instituciones o no es nada. Se valora entonces de otra manera la institucionalidad y las formas.

(4) Landi, O.: «Crisis y Lenguaje Políticos». *Estudios CEDES* 4, Vol. 4. Bs. As. 1982 pp. 17-18.

(5) Bobbio N.: *El Futuro de la Democracia*, FCE, México, 1986.

(6) Germani, Gino: «Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna» en CLACSO, *Los Límites de la democracia*, Biblioteca de CCSS. Vol. 1, Buenos Aires, 185.

(7) Bobbio N.: op. cit., pág. 99.

(8) Cualquiera que haya visitado Lima décadas atrás y regrese hoy, encontrará un cambio básico: la ciudad de blancos, conservadores y aristócratas quedó atrás. Lima expresa hoy a «todas las sangres» de Perú. En sus calles, con mucho desorden, los vendedores ambulantes, por miles, han impuesto sus reglas de juego a alcaldes civiles y militares, elegidos o nombrados a dedo. Son los ricos los que han tenido que emigrar, primero desde el área central de San Isidro y Miraflores y luego a la Molina o Monterrico, porque con ardua lucha el poblador emigrante autoconstruyó la parte más significativa de la ciudad, a pesar de todos los palos, la muerte y la miseria que impuso el poder que enfrentaban.

(9) Me refiero al éxito del APRA e Izquierda Unida o antes de Acción Popular, frente al fracaso de partidos ortodoxos como el Partido Popular Cristiano, la Democracia Cristiana y hasta cada partido de izquierda visto individualmente antes de la Alianza.

(10) Ver para este punto: González de Olarte, Efraín: «Crisis y Democracia: el Perú en busca de un nuevo paradigma de desarrollo», IEP. *Doc. de trabajo* 21, 1987.

(11) Jameson, Frederic: «Posmodernismo: Lógica cultural del Capitalismo tardío» *Zona Abierta* 38 (enero-marzo 86).